

quisiera acurrucarse ora sobre un costado, ora sobre otro, y á cada oleada en los flancos, todo, desde la cubierta á la carena, temblaba, como si chocase con un escollo ó tropezase con otra nave; y los tabiques se estremecían á mi alrededor, exhalando ayes capaces de hacer temblar de pies á cabeza, como al silbar de las balas ó al sentir el frío del acero en la carne. Se percibía á cada ola como el golpe de martillazo gigantesco que cayera sobre el buque arrancándole un pedazo; oíase el choque tremendo de cientos de toneladas de agua que caían sobre cubierta lo mismo que si un torrente se volcase desde inmensa altura, y luego el rumor tenue de mil arroyuelos que se deslizaban en todas direcciones con la precipitación de una horda de piratas que hubiese asaltado el barco al abordaje.

En cuanto á los movimientos del buque, no comprendía absolutamente nada, ni siquiera podía presumirlos: parecía como impulsado á fuerza de puntapiés y bofetadas, levantado por brazos potentísimos y estrellado después contra el fondo, apaleado y volteado por las manos de un titán. La máquina ofrecía detenciones repentinas y silencios imprevistos como herida por súbita parálisis; el eje de la hélice tenía sacudidas parecidas á las del terremoto, y daba golpes irregulares de loco, sintiéndose á ve-

ces las paletas de la hélice voltear furiosas fuera del agua, sumergiéndose de pronto con un terrible choque seco.

En los intervalos, entre los rumores más grandes, se oían encima pasos precipitados, timbres eléctricos, gritos lejanos de resonancia extraña, como eco de los valles cercados por montañas nevadas, y acá y allá lamentos desgarradores en los camarotes, propios de gentes entregadas á la desesperación y que vomitaban las entrañas.

Llegados á un cierto punto, percibimos una sacudida de abajo á arriba tan violenta, que la botella del agua saltó fuera de su soporte y fué á estrellarse contra el techo. Aquel fué el principio de un nuevo y más demente desencadenarse de los elementos y de una sucesión de vuelcos del barco, que creía bailaba saltando de la cima de un monte á otro, salvando abismos inconmensurables; y en cada salto pensaba yo llegada la última hora diciendo para mis adentros:—¡Se acabó! Fingía mi mente ilusiones tan vivas como raras; yo creía rajada la cubierta, los costados rotos, la quilla quebrada, el cordaje desatado, la armadura deshecha... —¿Todavía no? Entonces ahora... Y un caos de pensamientos, una rapidísima sucesión de recuerdos de la vida recientes y remotos, una fuga vertiginosa de caras y lugares iluminados

todos por relámpagos de lívida luz, confusos é informes como los de una congestión cerebral, acompañados de un tropel igualmente rápido y desordenado de llantos, de ternuras, de remordimientos, de mudas oraciones; todo se desvanecía y tornaba como en el remolino del viento mismo de la tempestad. De cuando en cuando se sucedían breves intervalos de estupor, y el reposo que produce la acción del cloroformo en un principio; pero después el sentimiento de la realidad, más tremendo que antes, se presentaba de nuevo, cual si dos brazos fornidos me sacudiesen por los hombros; despertándome de mi cuasi letargo, una voz brutal, gritándome cara á cara:—¡Eres tú, tú el que estás aquí y que debes morir!...

¡Oh!... ¡qué absurda me parecía la idea que se tiene en los tiempos normales, de que tanto da morir de un modo como de otro!... ¡Ah! morir de un balazo en el corazón; morir en la propia casa rodeado de las personas queridas; ser sepultado, tener un pedazo de tierra donde los hijos y los amigos puedan ir alguna vez á decir «aquí está»; todos estos pensamientos destilaba mi mente en confuso tropel, y me parecía que la tormenta empezaba á disminuir de su primitiva furia. Pero no, una nueva formidable oleada, un nuevo vertiginoso voltear de la hélice, levantada como si la popa saltase

por el aire, me arrancaba la engañosa ilusión.

Y me acuerdo de una repugnancia invencible para mirar al mar, de una sensación de profundo asco, semejante á la que debe sentir la víctima hacia el asesino, como si en aquellos momentos tuviese en verdad conciencia de que el Océano constituyera una cierta animalidad y del odio de este organismo contra los hombres: y se me me figuraba que al asomarme á la claraboya del camarote debería encontrar mil horribles ojos fijos en los míos.

Miraba alguna vez, pero volvía la vista inmediatamente apenas percibidos los monstruosos contornos de las montañas negras que avanzaban el perfil de sus ciclópeas murallas amenazando arruinar todo, al derrumbarse; imaginábame que entre la lluvia de centellas que regaba con fuego la masa espantosa de las caliginosas nubes, distinguíase una luz jamás vista en el mundo, hasta el punto de no poder decirse si era de noche ó de día: la luz indeterminada del paisaje de los sueños, en el cual no debe brillar nuestro sol.

Igualmente se perturbó por completo en mí la idea del tiempo. No habría podido asegurar cuántas horas hacía que empezó la borrasca. Creía que debía durar un tiempo incalculable no dejando adivinar una causa bastante poderosa por cuya fuerza concluyera aquella espan-

table conmoción. Juzgaba increíble que no ya todo el Océano, sino el mundo entero dejase de estar como aquel mar se encontraba; imposible que más allá pudiese haber aguas tranquilas y gentes pacíficas en la tierra, ocupadas en los negocios ordinarios de la vida. Pero mientras cruzaban por mi mente estos pensamientos, breves respiros del alma, sentí un empujón en aquel flanco del buque, semejante á un cañonazo por su estrépito; otro salto tremendo de la nave como de ballena herida en el corazón; otro estremecimiento del velamen, de los mástiles, del cordaje, de las colas, de los tablonés, del maderamen que gemía; la sensación de la inminencia del desastre; la amenaza de la muerte, un adiós á todo... sentí, en fin, la angustia de un año en un minuto. ¡Eterno Dios! ¿Cuánto durará esta agonía?

*
*
*

Duró muchas horas. Siete ú ocho iban ya pasadas, supongo, cuando la ilusión, continuamente perdida y renaciente, de que aplacase la tormenta me pareció que se prolongaba más que otras veces; luego se cambió en una esperanza en que la imaginación se resistía á creer,

pero que todos los sentidos iban afirmando poco á poco.

Los movimientos del bache seguían siendo impetuosísimos, pero aquel horrible silbar y maullido rabioso del aparejo parecía haberse aplacado, y el oleaje, si no menor en fuerza, era menos frecuente. Consideré como buena señal el sentir todo el cuerpo dolorido de los ejercicios acrobáticos á que tanto tiempo me había visto sujeto, mientras que hasta entonces no había reparado en ello, y como buena señal, al propio tiempo, sentir curiosidad por saber lo que había ocurrido y lo que á la sazón ocurría cerca de mí. Entre las sacudidas de los tabiques y los mugidos del mar oí el llanto del niño brasileño y otros llantos, también infantiles, pero que debían ser de señoras. Voces afanosas llamaban de todas partes á los camareros, sonaban las campanillas, los baúles viajaban aún por los corredores como si saltasen dentro de ellos otros tantos animales furiosos.

Aprovechando un momento oportuno para no romperme el cráneo contra las paredes, dí un salto y me agarré al quicio de la puerta de salida para mirar fuera, y ví dos ó tres cuerpos humanos que se movían, manteniéndose aquí y allá, con pasos y traspíes de borrachos con las ropas descompuestas y los cabellos encrespados, entre los cuales reparé en el marsellés, cuyo as-

pecto acusaba un maldito miedo, ya en parte pasado, pero que no quería acabar de pasar. Entretanto, un vuelco del buque y un golpe repentino como de romperse diez tirantes hicieronme volver atrás y buscar la litera á dos manos, con el terror de que volviese á empezar el baile más endemoniado que antes. Entre una y otra recrudescencia presté oído hacia el camarote de al lado, curioso de ver si la angustia del peligro común había templado un poco entre mis vecinos la tirante cuerda del odio; y un momento permanecí aturdido, oyendo una respiración interrumpida y unos gemidos continuos que podían hacer sospechar una reconciliación más que amistosa; pero pronto me desengañó una voz precipitada que silbó estas palabras:—Esperabas que todo hubiera terminado, ¿no es verdad?—Pero no oí la contestación.

La primera nota alegre que llegó á mí fué un conjunto de varias voces que vino del lado de los argentinos. Enfrente oí la voz del tenor, una tentativa de gorgorito bruscamente interrumpida por un golpe sordo que me pareció de una cabezada. Después, durante un rato, no oí más voces humanas. El estrépito del barco y del mar eran ensordecedores, y el ruído capaz de hacer consternar á un cuadrúpedo. Pero se podía intentar una salida. Asíéndome aquí y allá,

y pensando bien cada paso, logré arrastrarme hasta la encrucijada de los corredores. ¡Qué espectáculo! Por las puertas de los camarotes, que se abrían y se cerraban continuamente, veíase dentro un indescriptible barullo de malletas, de almohadas, de las mantas, de las cabezas inclinándose sobre los grifos, cuerpos rígidos como cadáveres, piernas de señoras descubiertas hasta la rodilla, ropas entreabiertas, rostros pálidos, pañuelos y frascos diseminados sobre el piso. Animado por la disminución del movimiento, di la vuelta hacia el corredor principal, y me encontré frente á frente con el genovés que venía adelante bamboleándose á lo largo de la pared, con la cabeza vendada, blasfemando.—¿Qué ha pasado?—le pregunté. Me contestó encendiendo una vela. Luego se explicó: muerto de hambre, se había arrastrado hasta la despensa para coger dos lonchas de jamón, un pedazo de asado, cualquier cosa, en fin. Y á lo mejor, un salto del vapor le había arrojado de frente contra un ángulo de los armarios y se había hecho una herida. En aquel punto percibí una voz clara que salía del camarote de los argentinos:

Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo...

Aquellos pobres cantaban al viento *pampero*

á quien éramos deudores de aquellas ocho horas de muerte. Pero aunque el mar seguía agitadísimo, el viento había caído casi del todo. Algunos se atrevían á salir fuera de las puertas, con aire interrogante, y luego volvían á entrar precipitadamente.

Una voz que me pareció la del Teniente, gritó desde lo alto de la escala.—¡Señores, ha pasado!—Y varias aclamaciones de los camarotes contestaron.—¡Oh dios mío!—¿Pero és de veras?—¡*Laudate dominum!*—¡*Llévete el diablo!*—¡Ah! voy medio muerto... Pero un estremecimiento de vida corría por todas partes como en un cementerio subterráneo, donde los muertos empezaran á restregarse los ojos y estirar los brazos. Sentí que me tocaban en el hombro; era el agente, de bata, con un cardenal en la barba, pero alegre.

—¡Ah! qué escena!—dijo—lo he oído todo.—Hablaban del matrimonio: en el momento del peligro se habían puesto á rezar, y luego habían cambiado un adiós, sollozando; él la había pedido perdón por haberla inducido á aquel viaje, había dado el beso supremo, es decir, muchos besos supremos—¡*Ah, niña mía!*—¡*Ah, pobre mío!*—Y... ¡nada de español, oh, nada! Dicho esto, desapareció, pero volvió al cabo de un minuto haciendo zig-zag, indicándome que fuera pronto, que había algo que ver. Le

seguí lo mejor que pude; se detuvo delante del camarote del abogado, que estaba abierto, y me dijo que mirase, dando una carcajada. ¡Oh, monstruo nunca visto! Al pronto no reconocí un ser humano en aquella masa informe que ví tendida en el suelo, y de la cual salía el estertor que finge Enrique Rossi bajo la máscara de Luis XI aterrado por Nemours. El abogado boca abajo metido en no sé qué saco de salvación, inglés ó americano, envasado en corcho, tenía una joroba en el pecho y otra en la espalda, cubiertas por una especie de coraza de algodón fuerte y una corona de vejigas hinchadas alrededor del pecho, que le daban la apariencia de un extraño animal de mamas colosales, tendido en tierra sin sentido, vencido por los dolores de una extraordinaria exuberancia de leche. Aquel cargamento enorme de ridiculeces sobre aquel pobre hombre tan destrozado y tan infeliz, despertaba una compasión infinita. El agente se inclinó para volverlo á la vida, y yo le dije que hiciese aquella obra de misericordia.

*
*
*

En esto subí al salón, donde había ya muchos pasajeros: el marsellés, el molinero, el tosca-

no, el comisionista parisiense, el sacerdote alto y otros. Ninguna señora. Todavía caían algunos rayos, pero el trueno sonaba más apagado y más lejos; el mar seguía hinchado y negro, y nadie podía mantenerse derecho. ¡Admirable naturaleza humana! En el modo de presentarse las personas se conocía ya que también la tempestad se había convertido en satisfacción de amor propio, como si el no haberse ido á fondo fuese efecto del valor personal de cada uno, y todos saboreaban el orgullo con que, mucho tiempo después, durante toda la vida, tendrían que contar haber hecho frente á aquel peligro, sin miedo.

Era asombrosa la desenvoltura con que más de uno, á quien yo había visto pálido como un moribundo, se ponía la careta del valor frente á aquellos á quienes había mostrado poco antes señales vivísimas de su terror. Algunos daban unos cuantos pasos de un lado á otro, haciendo ostentación de *pie marino*, y reían á cada paso con los labios pálidos todavía y sin sangre.

El marsellés decía:—*Me he divertido muchísimo.*—El molinero fingía leer el álbum de á bordo. Los camareros, entretanto, referían las primeras noticias. El mar se había llevado varias lanchas, arrancando y revolviendo las caponeras, provocando otros desperfectos, ahogando dos bueyes, destrozando un postigo de la obra

muerta de proa. Un marinero, arrojado contra el palo trinquete, habíase herido gravemente en la cabeza. La repostería había sido medio derribada. Pero el poderoso cuerpo del *Galileo* no había sufrido otros daños y no se había parado un minuto: y ante aquella noticia renacía y se veía resplandecer en los ojos de todos, el sentimiento poco ha humillado del orgullo humano, la fe audaz en la obra de la industria y de la ciencia de nuestros semejantes, sobre la cual aquella cruel fuerza del Océano hostil no había podido hacer más amenazas é insultos, que apenas habíamos advertido, y que ya se habían olvidado. Y sin embargo, al abrirse las puertas de la sala, que equivalía al permiso de salir, arrojaron todos un suspiro de satisfacción, como si ahora solamente se estuviera verdaderamente seguros de que todo había concluído.

*
*
*

¡Ah, hé aquí otra vez al formidable animal! Nos volvemos á mirar cara á cara. ¡Pero qué feo es todavía y de qué mal agüero! Grandes olas negras, blanqueando de espuma en la cresta, se apresuran en tumulto, cerrando el horizonte por todas partes, bajo una bóveda te-

nebrosa de nubes, rota aquí y acullá por rasguños grises de luz crepuscular, y como agitada por una cantidad de nubes bajas, móviles y malignas, que quisieran volver á comenzar la lucha. El vapor se hallaba todo mojado, como si en aquella sed de ocho horas hubiese estado sumergido de una punta á otra. Por todas partes corrían arroyuelos y se ensanchaban charcos de agua sucia. Los techos, las paredes, los palos, las lanchas goteaban como con el sudor de la batalla. A popa y á proa se agitaban aún los marineros con grandes zapatones, empapados de pies á cabeza, con los sombreros encajados hasta la frente y hasta la nuca, estropeados por la fatiga. Encontramos en el pasadizo cubierto al capitán, encarnado como la grana, sudando y encolezado, que pasó á nuestro lado sin mirarnos. Y dando encontrones y codazos á derecha é izquierda del pasadizo, vadeando, tropezados por las personas ocupadas de la tripulación, llegamos á proa.

Aquí había ya mucha gente que había salido de los dormitorios; estaban con los salvavidas en las manos, tendidos á través de la cubierta para el uso de los marineros, presentando el compasivo aspecto de una multitud escapada hacia quince días delante de un ejército invasor. El comisario, que había bajado muchas veces á los dormitorios, nos hizo descripciones que oprimían

el corazón y levantaban el estómago. Había visto allá, bajo la masa intrincada de cuerpos humanos, los unos encima y á través de los otros, con el espinazo sobre los pechos, los pies contra las caras y los vestidos al aire; enredadas las piernas, los brazos, las cabezas, con los cabellos sueltos, apretados unos, arrastrándose otros, rodando sobre el entarimado inmundo todos, en un aire fétido en que por todas partes percibíanse llantos, quejidos, invocaciones de santos y gritos de desesperación. Mujeres arrodilladas en grupos, con la cabeza inclinada, rezaban el rosario, dándose golpes de pecho; algunas hacían en alta voz el voto de ir descalzas á ciertos santuarios apenas hubiesen tornado á la patria; otras querían á toda costa confesarse, y rogaban al comisario, llorando, que mandase llamar al cura, el cual, mientras tanto, estaba confesando á algunos en el dormitorio de los hombres. Varias mujeres habían pedido suplicando que las dejasen ir á saludar por última vez á sus maridos antes de morir, y otras poder subir un momento sobre cubierta, un momento sólo, para arrojar al mar una imagen de santo ó una crucecilla que hubiera calmado las olas. Las había, también, que rogaban en nombre del cielo que hicieran girar el barco para volver atrás.

Una de las más aterradas había sido aquella falsa leona boloñesa, que sollozaba y se me-

saba los cabellos, apostrofando al destino como una actriz de circo... Contaba el sobrecargo ejemplos curiosos de miedo. Una pobre vieja la había llamado desde su jergón, y, con la voz ahogada por el llanto, colocándole en la mano setenta pesetas en plata, rogábale, ya que el destino era irse á pique, que tuviese la caridad de hacer llegar aquella suma á su hermano, en Paraná, como si cualquiera que fuese el desastre, que hubiera de venir, fuera una ley de la naturaleza que los oficiales de un buque debieran llegar salvos á su destino. Una pobre labradora, cayendo de una litera del segundo piso, había abortado. Otras, del espanto, habían perdido la palabra, y no pronunciaban sino voces inarticuladas haciendo gestos de delirio.

En aquel momento todavía había muchas que no querían creer que hubiera cesado el peligro, y estaban siempre agarradas convulsivamente á su litera, rechazando toda palabra de consuelo. ¡Pobres mujeres! Estas daban aún más compasión, porque no escondían por orgullo su ánimo. Aquellas que habían salido ya sobre cubierta, algunas con la cabeza vendada, muchas con chichones en la cara, todas anquiladas y como entontecidas, que, mirando al mar con aquellos ojos que según se dice son propios de los groenlandeses, casi petrificados por la visión habitual de un infinito lúgubre,

presentaban una dolorosa imagen del estado á que debían estar reducidas las de abajo.

La vivacidad locuaz que suele suceder á los peligros de los cuales se ha escapado, no había nacido todavía. Todos estaban aún agitados; de modo que á cada oleada más gruesa y á cada balanceo fuerte del buque iban á pegar la espalda contra las bordas, arremolinándose, prontos á recaer en el terror de antes, dirigiendo los ojos dilatados hacia el puente de mando para consultar la cara de los oficiales.

No comenzaron á serenarse mas que cuando vieron salir de la máquina, con los torsos desnudos y las caras enrojecidas y sudosas, orgullosos de su victoria, los fogoneros de relevo, que iban á descansar de sus fatigas extraordinarias; porque durante la tempestad todos habían sido llamados, debiendo los que trabajaron en el fogón ser sustentados por los brazos de otros compañeros para no romperse la nuca contra las calderas ó quemarse la cara en los hornillos.

*
*

Pero al despuntar la primera estrella renació la despreocupación y la alegría, surgiendo tal charlatanería por todas partes, que parecía

que los mil setecientos pasajeros hablasen á la vez. Todos describían, todos contaban, y eran relaciones concisas, pero interminables y diez veces repetidas por mil pequeños incidentes insignificantes que el miedo había ajigantado en la imaginación de cada uno, y que asumían en la exageración del discurso importancia de hechos dignos de poema y de historia.

La mitad de los pasajeros, olvidando ó negando el miedo propio, dibujaba con colores cómicos, fingiendo desdeñar y aun despreciando realmente el miedo de la otra mitad. Después de la cena se sintió á proa un rumor extraordinario de cantos y de gritos de borrachos. Y aun en nuestra mesa hubo fiesta. Todos se atracaron como lobos, contentos de la vida, chanceándose con el Océano. Y la comida concluyó cómicamente con un brindis que hizo el marsellés á la *fría intrepidez* del capitán, con el acento y la sonrisa consiguiente del que sabe lo que dice. Pero no estaba el abogado. Y, con amargura de todos, faltaba también la señorita de Mestre, que desde la primera de aquellas ocho horas de perturbación había sido profundamente emocionada produciéndole un vómito de sangre.



XVIII

¡MAÑANA!

A la mañana siguiente, el cielo y el mar estaban espléndidos, y toda la población del *Galileo* en movimiento incesante; porque si el tiempo continuaba hermoso, se llegaría á América la tarde siguiente, acaso á hora de desembarcar; y era necesario preparar el equipaje con comodidad y ponerse un poco de acuerdo entre amigos y conocidos sobre lo que hubiera que hacer. El negocio más grave era la inscripción para el desembarque; esto es, decidir si convenía ir ó no al comisario y hacerse anotar entre aquellos que entendían valerse de las ofertas del Gobierno argentino, el cual pagaba el gasto del desembarque á los emigrantes que lo solicitasen, dándoles alimento y albergue por cinco días; y á aquellos que se trasladaban á las provincias del interior, viaje gratuito.